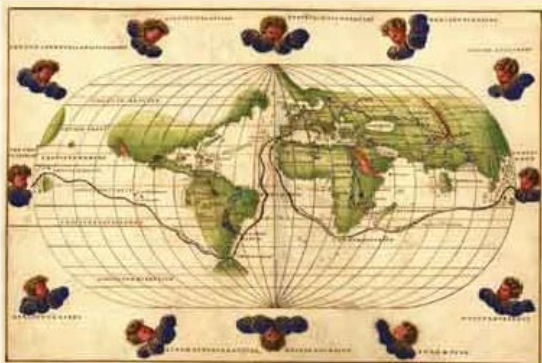


Pigafetta, el lenguaraz

Juan V. Fernández de la Gala

Médico y profesor de Biología, El Puerto de Santa María (Cádiz, España)



Un domingo de buena mar de 1519 zarpó del puerto de Sanlúcar de Barrameda una flotilla de cinco navíos. Al mando iba un tal Fernando de Magallanes. Era el comienzo del primer viaje de circunnavegación de la Tierra. Los resultados de aquella expedición fueron francamente cruciales: se inició una nueva ruta occidental hacia el Extremo Oriente (que acabó con el monopolio portugués sobre el comercio de las especias), se pudo valorar la verdadera extensión del océano Pacífico y se comprobó, de forma práctica y definitiva, la cuestionada esfericidad de la Tierra. Desde entonces los geógrafos comenzaron a denominarla, ya sin ambages, *el globo terráqueo* o, simplemente, *el Globo*.

En aquella expedición viajaba también un joven italiano, Antonio Pigafetta, que se encontraba en España como parte del séquito del nuncio papal, monseñor Chiericati. Al tener noticias de la expedición, que se preparaba entonces en Sevilla, lleno de curiosidad, Pigafetta quiso enrolarse y logró convencer al propio Magallanes de que lo admitiera a bordo. Es muy posible que los conocimientos de cartografía, astronomía y lenguas del joven animaran a Magallanes a aceptarlo. Y, desde luego, muchas fueron las aportaciones de Antonio Pigafetta a la expedición. Fue adquiriendo en ella responsabilidades crecientes, especialmente como astrónomo y como lenguaraz, es decir, como intérprete. Resulta curioso como esta palabra, *lenguaraz*, evoca hoy los mismos tintes negativos que *deslenguado*, *lenguaz* o *lengüilargo* (en el sentido de persona atrevida en el hablar, descarada o indiscreta) y está perdiendo, en cambio, su sentido primigenio para designar a quien domina varias lenguas.

Algunos atribuyen también a Pigafetta la descripción astronómica de dos galaxias irregulares próximas a la Vía Láctea, que hoy llamamos precisamente Nubes de Magallanes y que, al parecer, ya habrían descrito algunos astrónomos persas en el siglo X. En cualquier caso, la mayor aportación de Pigafetta a la historia del conocimiento estaba contenida en un original regalo que entregó personalmente a Carlos V tras su epopeya: «le obsequié un libro escrito de mi mano, en el cual había apuntado día por día todo lo que nos había acontecido durante el viaje». Lamentablemente, ese manuscrito original se ha perdido. Pigafetta debió de conservar, no obstante, alguna copia para sí, gracias a la cual conocemos hoy al detalle los avatares del viaje. Hasta la fecha, han aparecido solo cuatro versiones manuscritas, tres en francés y una en italiano. Esta última fue descubierta en la Biblioteca Ambrosiana por Carlo Amoretti, quien la publicó en Milán en 1800 con el sugestivo título de *Relazione del Primo Viaggio intorno al Globo Terracqueo*. Se trata de una crónica apasionante y, desde luego, también apasionada, es decir, no excluye las subjetividades, las exageraciones, la recreación de leyendas medievales, las hipótesis pintorescas e incluso algunos traspiés geográficos muy llamativos. Pero es, desde luego, una fuente inagotable de curiosidades; en ella se habla del fuego de san Telmo y sus presagios protectores, del escorbuto que afectó a la marinería en el largo trayecto por el Pacífico, del

espíritu religioso que alentaba en la expedición, del contacto con los indígenas y, por supuesto, de la muerte de Magallanes en 1521, durante una refriega con los nativos de la isla de Mactán, acción en la que el propio Pigafetta resultó herido. Lo real y lo maravilloso se amalgaman en esta obra de forma indisoluble, al estilo de las paradoxografías clásicas. No es extraño que el propio García Márquez lo cuente entre sus libros favoritos. Y, aunque el narrador se despreocupa bastante del paisaje natural, la peripecia humana que relata es tan atractiva y el estilo tan evocador que uno queda seducido ya desde las primeras líneas.

Por si todo esto no bastase a los lectores de *Panace@*, diré que mis pasajes preferidos son los anexos lingüísticos que Amoretti publicó también: cuatro vocabularios donde Pigafetta fue anotando términos usuales en el contacto con los indígenas. Se incluye así un «Vocabulario de los pueblos de Brasil», el «Vocabulario de los gigantes patagones», el «Vocabulario de las islas Filipinas» y el «Vocabulario de las islas Molucas». Todos ellos, salvo la brevísima relación dedicada a los pueblos de Brasil, incluyen sistemáticamente las denominaciones propias de la anatomía elemental del cuerpo humano (ojos, nariz, boca, brazo, pierna, genitales...). He tenido la precaución de revisar especialmente la versión española del «Vocabulario de las islas Filipinas» y compararla con la versión italiana, y he descubierto que se han pasado por alto algunos términos y otros se han traducido mal, cosa esperable tras el azaroso trasvase del italiano al francés y del francés al español. También he comprobado que la lengua filipina que Pigafetta recoge no es el tagalo, sino el cebuano o *sugbuanon*, en consonancia también con el itinerario seguido por las naves. Suponemos que la ayuda de Enrique de Molucca, esclavo de Magallanes en un viaje anterior por la zona, debió de ser decisiva en la confección de estos vocabularios. Lo que sí resulta evidente, en cualquier caso, es que el lenguaraz Antonio Pigafetta se muestra cada vez más interesado en este oficio de cronista de las lenguas, de modo que el número de vocablos que recopila en cada ataque crece considerablemente a medida que el viaje avanza, y añade incluso algunas observaciones fonéticas, del tipo de «pronúnciese con la garganta, porque así lo hacen ellos». Algunas ediciones incorporan además los vocabularios de Malaca y de las islas vecinas. Amoretti advierte que estos últimos no son obra de Pigafetta, sino de navegantes de la expedición de James Cook, como Haex y Foster, que los recopilieron posteriormente, ya en 1772.

Por increíble que parezca, hasta 1888 no hubo una versión española del *Primer viaje alrededor del Globo*, que debemos al historiador chileno José Toribio Medina y que fue incluida entonces en el tomo II de su *Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile*. Vinieron después las traducciones de Walls y Merino (1899), Ruiz Morcuende (1922) y Félix Ros (1957). Más recientemente, en 1986, la editorial Orbis, de Barcelona, reeditó la traducción chilena de Toribio. Existe también una versión italiana disponible en la red, dentro del *Progetto Manuzio*, en la que los vocabularios se insertan en el propio texto narrativo, en lugar de presentarlos como anexo final. (Puede consultarse en la dirección: <www.liberliber.it/biblioteca/p/pigafetta/relazione_del_primo_viaggio_intorno_al_mondo/pdf/relazi_p.pdf>.)

